

Bolcheviques y tolstoianos: polémicas en torno al campesinado ruso

Francisco Filippi¹

Sol Anahí Viñolo²

Resumen

Una contradicción de época es la forma en que los bolcheviques identificaron a León Tolstoi. Hijo de una familia aristocrática en la Rusia feudal del antiguo régimen, a lo largo de su vida le tocó presenciar las transformaciones de las relaciones sociales con el advenimiento del capitalismo. Aturdido por sus privilegios y horrorizado ante los crímenes del zarismo y la explotación humana, adoptó el modo de vida campesino, liberó a sus siervos y se dedicó, en su último período, a predicar entre las masas campesinas rusas la “no violencia” y una fe cristiana no ortodoxa bajo su propia doctrina “tolstoiana”, como único camino para acabar con la injusticia y la hambruna a la que estaba sometida la cuarta quinta parte de la población.

En este artículo indagamos, por un lado, la vida de Tolstoi y su legado en la Rusia zarista y sus transformaciones en la segunda mitad del siglo XIX, y por el otro, los encuentros y desencuentros de las relaciones teóricas, políticas y estratégicas entre el gran escritor ruso y los líderes bolcheviques en los prolegómenos de la Revolución de Octubre.

Palabras claves: Tolstoi – campesinos - antiguo régimen – bolcheviques - debates

¹ Profesor y Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Integrante de la cátedra de Historia Contemporánea de la Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC). Contacto: filippifrancisco@gmail.com.

² Licenciada en Antropología. Doctoranda en Ciencias Antropológicas por la FFyH (UNC). Investiga en el área Literatura y Política y mercado de los bienes simbólicos. Contacto: sol.anahi@outlook.com.

Introducción

Tolstoi fue uno de los escritores más admirados y más polémicos del siglo XIX. De cuna aristocrática, creció entre las alamedas de tilo de su casa señorial en la Rusia zarista. Amante de la naturaleza y la simpleza, le tocó vivir la decadencia de aquellas relaciones sociales de tipo feudal que estaban siendo reemplazadas por la expansión del capitalismo. El disgusto de estas transformaciones y de la opresión en general, lo llevó a convertirse, sobre el final de su vida, en un predicador de una fe cristiana anti-ortodoxa que tuvo adeptos en todo el mundo, y a crear colonias de hombres y mujeres “tolstoianos” que vivían practicando la “no violencia” y comiendo vegetales.

Sus implacables críticas de la época posterior a sus grandes obras, generaron estupor en la opinión pública e inquietudes en el reino del Zar, quien apreciaba su inmenso talento literario,

pero veía en él a un fomentador de nihilismo y la revolución proletaria. Pero Rusia era una olla hirviendo que iba a volcar Lenin, no Tolstoi. Las pesadillas que tiene Ana Karenina donde un campesino se le presenta de manera premonitoria y extraña, sucio, provocándole pavor, iban a ser capitalizadas, finalmente, por los bolcheviques. (Casas, 2013:183)

La adopción del modo de vida campesino y la exaltación de sus valores es una expresión de la época que vivía Rusia. Tolstoi, que quería combatir la explotación humana, sentía una enorme repulsión ante la decadencia del viejo régimen y veía en el capitalismo incipiente la degeneración de las masas campesinas que se incorporaban como fuerza de trabajo en las fábricas, con jornadas extenuantes y separándose de la vida comunal.

Su reticencia hacia los obreros fabriles, los métodos utilizados para enfrenar al antiguo régimen y el acérrimo cristianismo de Tolstoi van a ser

puntos de desencuentro con los revolucionarios de comienzos del siglo siguiente, que identificaron en él, las propias contradicciones de la época transicional en la que se desarrolló su vida y obra.

El terrateniente y el campesino son las únicas figuras que Tolstoi acogió por entero en su creación literaria.

Pero nunca —ni antes ni después de su crisis— se liberó o intentó liberarse de su desprecio puramente noble por todas aquellas figuras que están entre el terrateniente y el campesino o que ocupan un lugar por fuera de estos polos sagrados del viejo orden: el superintendente alemán, el mercader, el preceptor francés, el médico, el “intelectual” y, por último, el obrero fabril con su reloj y su cadenita. (Trotsky, 2015: 696)

La descomposición de la nobleza, el caos de la ciudad y la disgregación del campesinado que acompañaron las nuevas relaciones sociales que se precipitaron en Rusia a comienzos de los años 60 le generaban a Tolstoi un profundo disgusto. Él prefería aquellos vínculos que consideraba de una sabia simpleza, donde la vida se reproduce de generación en generación, dependiendo del sol y la lluvia, donde tiene lugar la gran “simplicidad” moral de la existencia.

Ese es el mito religioso del populismo ruso que durante décadas dominó el pensamiento de la *intelligentsia* rusa. Totalmente sordo a las tendencias radicales de esta última, Tolstoi se mantuvo siempre fiel a sí mismo y en el seno del populismo representaba su ala conservadora aristocrática. (Trotsky, 2015: 697)

A lo largo de la vida de Tolstoi, destaca en su pensamiento, la persistencia de los mismos elementos diversos y contradictorios.

Su unidad no reside en el alma o en el corazón de Tolstói, sino en el combate de las pasiones en su fuero interno, en la tragedia de su arte y de su vida. Arte y vida están unidos. Jamás obra alguna estuvo más íntimamente ligada a la vida: tiene casi todo el tiempo un carácter autobiográfico. Desde la edad de veinticinco años nos ha permitido

seguir a Tolstói, paso a paso, en las experiencias contradictorias de su carrera en pos de un ideal. (Rolland, 2010: 13)

Para recrear artísticamente esa vida rusa que amaba, Tolstoi tuvo que alejarse a principios de siglo diecinueve (*Guerra y Paz; Pedro el Grande*), condenado a escribir en un estilo histórico, apartándose de lo nuevo. Incluso cuando se acercó en el tiempo (*Ana Karenina*) permaneció ajeno a las transformaciones en las relaciones sociales y a la perturbación dominante. Aferrado a su conservadurismo, restringió su visión de la vida rusa a aquellos oasis de nobleza que habían permanecido intactos y que fueron convirtiéndose rápidamente en fragmentos aislados. A medida que la vida perdía su “viejo” sentido, Tolstoi cada vez más se pregunta por el sentido de la vida y volvió a Dios para encontrar respuestas, convirtiéndose en un predicador del trabajo agrícola, la sencillez y la no resistencia al mal. Vestía blusas y alpargatas e indignado ante el rigor dogmático de la Iglesia ortodoxa y su adhesión oficial al régimen político dominante (Blanch, 2013), creó su propia fe tolstoiana que predicó en sus trabajos filosóficos y en las creaciones literarias de su último período. La fuerza motriz de la humanidad era el alma del hombre, no las condiciones sociales que es la base del marxismo y del partido bolchevique. Para Tolstoi, era posible erradicar la violencia y el despotismo con el ejemplo moral y el argumento del amor inspirado por Dios. La humanidad, que había tomado un camino errado, sólo se salvaría con una vuelta atrás por medio de la fuerza de las ideas religioso/morales.

El 20 de noviembre de 1910, el periódico *Pravda* señalaba:

La fe de Tolstoi [decían los bolcheviques] no es nuestra fe (...). Y sin embargo —a pesar de esta profunda diferencia—, entre la fe de Tolstoi y la doctrina del socialismo hay una profunda semejanza moral: en la honestidad y valentía de su negación de la opresión y la esclavitud, en su afán invencible por la fraternidad entre los hombres. (En Trotsky, 2015: 704)

Sin querer ser un revolucionario, Tolstoi infundió en enormes masas de jóvenes, campesinos y obreros la necesidad de luchar por un mundo más justo, en contra de la opresión humana, por la paz y la libertad, lo cual más tarde confluiría en la acción que condujo a la primera revolución obrera triunfante a nivel mundial.

Tolstoi en la Rusia zarista de fines de siglo

León Tolstoi, cuarto hijo de 5 hermanos, nació el 28 de agosto de 1828 en la propiedad de Yásnaya Poliana, que heredó a los 19 años y en la que vivió casi toda su vida. Luego de su feliz infancia, su juventud estuvo llena de preguntas existenciales y poco a poco fue sintiendo la necesidad de encontrar una expresión artística para sus pensamientos y emociones. Entre 1861 y 1905 se da el período en el que Tolstoi se consolidó como pensador y escritor. Su obra vislumbra los fenómenos de esa época, en que Rusia estaba transformando completamente sus bases económicas, su carácter como nación y disputando su lugar en el mundo.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la población rural se duplicó y para subsistir tuvo que buscar ingresos fuera de la agricultura, o bien, comprar y rentar tierras, lo cual disparó sus precios. Paralelamente, el proletariado ruso estaba naciendo, pasando directamente de la comunidad campesina a la fábrica ultramoderna técnicamente sofisticada. Esto provocó un choque cultural y social muy fuerte que los obreros vivían como enajenación y en condiciones laborales paupérrimas. Sin embargo, entre 1860 y 1895, el 80% de la población era todavía campesina, y Rusia era un océano de economía tradicional con algunas pocas islas de crecimiento moderno, integrado al sistema económico mundial como una gran potencia pobre y subdesarrollada, lo cual conllevó a la caída de la tasa de crecimiento y a una agitación que se fue acrecentando en todos los sectores y que se repetiría cíclicamente. A todo ello, se sumaba la intención de consolidar un

joven nacionalismo ruso a partir de la represión y persecución de todas las otras lenguas, culturas y religiones (Meyer, 1997).

Si bien la abolición de la servidumbre se dio hacia 1861, León Tolstoi ya había dado sus primeros pasos en concederla a sus siervos años antes. Consideraba que los terratenientes no debían vivir como vivían a expensas de la explotación campesina. Incluso presentó en el Ministerio de Asuntos Internos un plan de emancipación, el cual, después de muchas trabas burocráticas que lo hicieron desesperar, logró llevar a Yásnaya Poliana, donde convocó a una asamblea en la aldea para anunciarles a los campesinos su decisión. Estos, desconfiados y con indiferencia, no quisieron en principio acoger las reformas, pero Tolstoi persistió en hacerlos razonar para que aceptaran su libertad y los fue emancipando gradualmente. En esa época, su fama literaria había aumentado en gran medida y las revistas se disputaban sus obras.

La abolición de la servidumbre quebrantó el sistema social tradicional y precipitó una crisis profunda tanto para la nobleza como para el campesinado, ya que pocos hacendados fueron capaces de pasar a una agricultura moderna y la mayoría poco a poco fue vendiendo sus tierras. Para mayores complicaciones, desde ese año (y hasta 1905) el campesinado tuvo que pagar al Estado impuestos anuales, los cuales le sirvieron para los propósitos de los ferrocarriles (que se tendían a un ritmo acelerado debido al trabajo barato de los campesinos arruinados) y de la industrialización. Después de 1894, con la creación del Ministerio de Agricultura, se acentuaría la tendencia de poner la agricultura al servicio de la industrialización (Lenin, 1974).

Luego de 1861, la vieja Rusia patriarcal empezó a desmoronarse rápidamente bajo la influencia del capitalismo mundial. Los campesinos pasaban hambre, caían en ruinas y huían a las ciudades abandonando sus tierras, mientras que, paralelamente, se desarrollaban el gran capital financiero, el gran comercio y

la gran industria. Para esta época en la que se precipitaron en Rusia las nuevas relaciones sociales propias del capitalismo, Tolstoi ya era un hombre constituido y estaba atravesado por un odio profundo a estos cambios. No veía que las relaciones entre patrón y trabajador sean más humanas que las relaciones entre el terrateniente y el siervo. Esta nueva Rusia le resultaba repulsiva y padeció con ello hasta su muerte, aunque le gustaba mezclarse en la muchedumbre y caminar entre ellos. Por ese tiempo también quedó fijada su actitud ante la pena de muerte y sentía que no impedirlo era una manera de complicidad.

En 1858, Tolstoi asistió a la Asamblea Provincial de Nobles de Tula que se reunió para elegir miembros para la Comisión de Mejora de la Situación de los Campesinos, y resolvió considerar necesaria la emancipación de los campesinos con la condición de que cada uno reciba un trozo de tierra con el derecho a legarlo.

En los años siguientes, la educación de los campesinos sería el principal interés de Tolstoi. Se propuso organizar una escuela en Yásnaya Poliana basada en sus principios libres. Él consideraba que la enseñanza no debía adaptarse a un método específico sino que había que conocerlos y utilizarlos a todos, en la búsqueda de alguno que satisficiera a los alumnos. Es por ello que viajó a Alemania, Suiza, Francia, Inglaterra, Italia y Bélgica para conocer sus formas de enseñanza. Sus brillantes logros hicieron que toda Rusia se ponga a pensar en la instrucción pública y sus artículos sobre pedagogía produjeron un efecto revolucionario y algunos de sus principios dejaban helados al conservadurismo. Para Tolstoi, la instrucción no debía ser obligatoria, sino que su necesidad sería sentida como la necesidad de comer (Rolland, 2010).

Respecto al progreso de Rusia, creo que por muy útiles que sean los telégrafos, los caminos, los barcos, las carabinas, la literatura (con todo su fondo), los teatros, las

Academias de Bellas Artes y demás, todo es inútil y prematuro si por el calendario se ve que en Rusia estudia —incluidos todos los que sean alumnos de algo— apenas el uno por ciento de toda la población. (Tolstoi, 1860)

Nunca se había acercado tanto a la vida de los campesinos como en esos tiempos y sus convicciones sobre el tema de la servidumbre y las desigualdades e injusticias sociales empezaron a asentarse. No lo dejaba quieto ni tranquilo el hecho de preguntarse cómo unos pocos terratenientes tenían derecho de disfrutar del trabajo de millones de campesinos pobres y esclavos. Con el tiempo cada vez más iría sintiendo que con sus lujos no era sólo cómplice sino agente directo del crimen que se comete al someter al hambre, frío y pobreza a tantos, y fue renunciando a ellos uno a uno. A Tolstoi le indignaba la filantropía de los ricos ociosos para justificarse. Para él, los opresores, debían renunciar voluntaria y gradualmente a la riqueza y a oprimir.

Hacia mediados de 1870, Tolstoi se vuelca a la fe de Cristo, la cual concebía como la verdadera causa a la que debía abocarse la humanidad. Sin embargo, tropezaba con las contradicciones de la Iglesia ortodoxa que predicaba “No matarás”, pero rezaba por los guerreros creyentes y apoyaba el gobierno del zar. Sus diferencias y sus artículos de denuncia en contra de las injusticias cometidas lo llevarían a su excomunión en 1901. Cristo era, para él, sinónimo de amor a la humanidad y al prójimo. De ahí es que vertiera sus esfuerzos en predicar la religión como única salvación a tanta crueldad habida en la Tierra. En el campesinado, pobre y oprimido, encontraba su soporte para su creciente sentimiento consciente del cristianismo, allí había una fuerza espiritual y una belleza que lo sostenían.

Tolstoi desaprobaba cualquier acto de violencia, de los cuales no estaban exentos los revolucionarios de la época. Después del asesinato de Alejandro II, Tolstoi le escribió al hijo de este, el nuevo zar Alejandro III, pidiéndole que en el

nombre Dios no se castigue a los culpables con la muerte, ya que sería empezar a reinar con violencia. Sin embargo, el zar hizo caso omiso y los culpables fueron ejecutados. Tras lo cual, Tolstoi cayó en un gran abatimiento y reforzó su percepción sobre la decadencia de la sociedad rusa.

A pesar de la censura que prohibía la publicación de sus artículos religioso-filosóficos, el número de seguidores de Tolstoi fue creciendo y los artículos corrían de mano en mano por toda Rusia. Entretanto, Tolstoi seguía viviendo en Yásnaya Poliana sencillamente. Cortaba leña, aprendía los oficios de la zapatería con el zapatero de la aldea y continuaba exhortando a su mujer a que dejara la vida de lujo. Le atormentaba la idea de que sus hijos crecieran ociosos con gente a su servicio. Los desencuentros con su esposa Sofía Andreievna (con una docena de hijos a cargo) se fueron acrecentando con los años, ya que Tolstoi se fue despojando cada vez más de sus bienes, incluidos los derechos de autor de algunas de sus obras, que transfirió a dominio público.

Para Tolstoi el sentido principal de la vida radicaba en el constante desarrollo de su conciencia espiritual. Comunidades de jóvenes se organizaban en torno a sus principios, colectivizando la tierra, cultivando comida vegetariana, llevando una vida sencilla y una relación platónica entre los sexos. A la vez que su influencia aumentaba, el gobierno se iba inquietando al respecto y, aunque no tomó medidas directas contra él, persiguió a sus seguidores y prohibió la circulación de sus libros. La prensa reaccionaria también respondió vociferante, mientras que el viejo escritor no dejaba de acusar las condiciones de vida de las masas explotadas. Su expresión literaria le parecía un lujo y sólo se la permitía después de haber cumplido con todos los que consideraba sus deberes.

Con la asunción de Nicolás II, en 1894, el panorama no cambió en lo más mínimo y la ansiada libertad no sólo no llegó, sino que el control y la opresión se recrudecieron. La guerra con Japón, en 1904, empeoraría aún más las cosas, y

Tolstoi se vería muy afectado emocionalmente, ya que veía en la guerra la destrucción de toda la humanidad. Tampoco creía que las reformas políticas o constitucionales significaran transformaciones profundas. Sin embargo, él no se consideraba capaz de realizar modificaciones en la conducta de las masas y se limitó a profesar y ejercer el cambio en sí mismo.

Hacia 1905, las cuatro quintas partes del número total de hogares se hallaban al borde del hambre y más del 70% de la superficie total de los latifundios pertenecía a los nobles, lo cual demostraba la persistencia del carácter medieval de posesión de la tierra de los terratenientes feudales, sumado al atraso de la técnica, el estado de abandono de la agricultura y el aplastamiento y opresión a la que estaba condenada la masa campesina. Sólo una reducida minoría de campesinos acomodados había logrado tomar en arriendo tierras para llevar la hacienda al modo capitalista y explotar a centenares de miles de peones y jornaleros que vivían en condiciones de pobreza, entregados a los avatares del clima y las guerras.

A medida que la agricultura perdía peso al lado de las nuevas industrias en la economía nacional, los campesinos empezaron a levantarse cada vez más en contra el régimen de propiedad de la tierra, que fue el punto de partida de las luchas campesinas de principios del siglo XX. Para este momento Tolstoi, a la edad de 82 años, ya había abandonado su hogar de Yásnaya Poliana, ofuscado por sus lujos (de los cuales pocos quedaban en realidad), para vivir en soledad sus últimos días en un vagón de tren, escapando de su familia, de la sociedad y de sus propias contradicciones.

La crítica de los bolchevique a Tolstoi

Para Lenin, la literatura era un instrumento de conocimiento de la vida con una peculiar función cognoscitiva que influye emocionalmente en las personas.

Para él, Tolstoi expresó una protesta sincera y fuerte contra las falsedades e hipocresías de la sociedad y, a través de su literatura, se configuró como un potencial revolucionario en el caldeamiento de esos tiempos, pero no dejaría de verlo como un terrateniente de fanatismo cristiano que nunca podría haber visto florecer sus prédicas (Lenin, 1975).

Según Lenin, Tolstoi y su teoría eran en sí mismos una contradicción, ya que por un lado, sostenía una crítica implacable de la explotación capitalista y una denuncia de las brutalidades del gobierno, pero, por el otro, su prédica sobre la “no violencia” y la “abstención” de la política le impedían encauzar sus anhelos. El análisis profundo de las contradicciones que traía la “civilización”, el aumento de las riquezas y de la miseria, el rechazo a la propiedad privada y al capitalismo que Tolstoi denunció con pasión y enérgica indignación, se conjugaban con una actitud de apatía completa frente a la lucha por la liberación. Esto se relacionaba, para los bolcheviques, con su origen y educación en la alta aristocracia terrateniente, “en la atmósfera de la vieja nobleza, entre campos heredados, en una espaciosa casa señorial, a la sombra apacible de hidalgas alamedas de tilo” (Trotsky, 2015: 695). Todas las tradiciones de la nobleza y su estilo de vida fueron absorbidos por Tolstoi y lo constituyeron hasta su muerte, a pesar de que las reiteradas crisis espirituales que tuviera a lo largo de su vida lo hayan llevado a romper con los ideales y costumbres habituales de su clase. En sus últimas obras criticó ávidamente todas las normas estatales, eclesiásticas, sociales y económicas de ese entonces, basadas en la esclavización de las masas, en su miseria, en la ruina de los campesinos, la violencia y la hipocresía. Fustigaba con enorme fuerza y sinceridad a las clases dominantes, denunciando la falsedad interna de las instituciones que les correspondían: la Iglesia ortodoxa, los tribunales, el militarismo y la ciencia burguesa.

La protesta de millones de campesinos y su desesperación fundaron la doctrina de Tolstoi. Pero, para Lenin, Tolstoi no dio en el blanco y, no pudiendo encontrar una síntesis en los fundamentos filosóficos de su concepción del mundo, su doctrina se tornaba reaccionaria y utópica en la medida en que aceptaba como únicos principios los religiosos que, para el líder bolchevique, eran el reflejo de la ideología del viejo régimen.

Si Tolstoi no apoyaba a los revolucionarios de la época no era por una mera “apatía política”, como afirmara Lenin, sino porque consideraba que de un lado y del otro de la lucha contra el antiguo régimen se caía en los mismos crímenes, algo incompatible con su predicación sobre el “amor a la humanidad” y la “no violencia”. En la búsqueda de acabar con la opresión y conquistar una sociedad sin violencia, como la que anhelara Tolstoi, los bolcheviques tomaron de las lecciones de la Comuna de París, la necesidad del “terror rojo” para combatir a las clases dominantes que se aferran a sus privilegios. La construcción de un partido y un ejército revolucionario junto a la organización de los soviets, compuestos por las masas campesinas, obreros y soldados, los llevó a la toma del Palacio de Invierno. Al respecto, el órgano oficial del partido aclaraba las diferencias en su número 17 denominado “Tolstoi”: “A diferencia de Tolstoi, nosotros decimos y enseñamos: la violencia organizada de la minoría sólo puede ser destruida mediante el levantamiento organizado de la mayoría” (en Trotsky, 2015: 704).

Tolstoi no se consideraba revolucionario, pero buscaba apasionadamente la verdad, la que tiene en sí misma una fuerza explosiva al engendrarse en la conciencia de las masas. Al desenmascarar a las instituciones, con sus mentiras y su carácter criminal; al criticar la injusticia de la propiedad agraria, las relaciones sociales y lo absurdo del poder del zar, las ideas de Tolstoi penetraron en masas de jóvenes estudiantes, campesinos y obreros y, a través de sus obras, a millones en todo el mundo, sirviendo a la causa de la emancipación de la humanidad. En su

reconocimiento, con motivo del octogésimo aniversario de su nacimiento, León Trotsky escribía en 1908:

Y si bien él se rehúsa a acoger con simpatía nuestras metas revolucionarias, sabemos que ha sido la historia la que le ha rehusado a él mismo la comprensión de sus vías revolucionarias. Nosotros no lo condenaremos. Y siempre sabremos valorar en él, no sólo al gran genio, que no morirá mientras continúe vivo el arte humano, sino también su inflexible hombría moral que no le ha permitido permanecer mansamente en las filas de la hipócrita Iglesia de ellos, de su sociedad y de su Estado, y que lo condenó a la soledad entre sus innumerables admiradores. (Trotsky, 2015: 703)

En la búsqueda de un mundo más igualitario, la doctrina de Tolstoi se basó en el modo de vida campesino y en sus costumbres comunitarias. La cuestión campesina que ocupó tanto gran parte de la obra literaria como a la propia vida de Tolstoi respondía a una realidad concreta de la Rusia del siglo XIX y de una enorme masa campesina, y dio lugar a numerosos debates y posiciones políticas que más adelante los bolcheviques debieran sortear en el transcurso de las primeras décadas del siglo XX.

Cuestión agraria y sujeto revolucionario

Según Marx, el avance del desarrollo capitalista iba a reestructurar la sociedad en dos clases fundamentales, disolviendo las unidades de producción campesinas y, por lo tanto, al campesinado. La teoría marxista dedicó sus estudios sobre los campesinos a la problemática de su transformación, centrándose en la relación entre el campo y la industria y su superación técnica. Capitalismo como sinónimo de “descampesinización” fue la tesis que predominó durante buena parte del siglo XIX. Sin embargo, con la persistencia del modo de vida campesino, las investigaciones empezaron a hacerse nuevas preguntas y se generaron polémicas en torno a la desaparición o no de los campesinos.

El problema agrario siempre estuvo en el centro de la lucha política y social para el marxismo. A mediados del siglo XIX, Marx y Engels empezaron a formular algunas hipótesis al respecto.

Está claro que la propiedad comunal en Rusia se halla ya muy lejos de la época de su prosperidad y, por cuanto vemos, marcha hacia la descomposición. Sin embargo, no se puede negar la posibilidad de elevar esta forma social a otra superior, si se conserva hasta que las condiciones maduren para ello y si es capaz de desarrollarse de modo que los campesinos no laboren la tierra por separado, sino colectivamente. Entonces, este paso a una forma superior se realizaría sin que los campesinos rusos pasasen por la fase intermedia de propiedad burguesa sobre sus parcelas. Pero ello únicamente podría ocurrir si en la Europa Occidental estallara, antes de que esta propiedad comunal se descompusiera por entero, una revolución proletaria victoriosa que ofreciera al campesino ruso las condiciones necesarias para este paso y, concretamente, los medios materiales que necesitaría para realizar en todo su sistema de agricultura la revolución necesariamente a ello vinculada. (Engels, 1875)

Incluso antes de que Marx estudiara la comuna rural rusa, había reconocido que el proletariado, una vez en el poder, debía esforzarse por mejorar la situación de los campesinos para garantizar el tránsito de la propiedad privada a la propiedad colectiva y ganarlos para la revolución. Sin dejar de concebir al proletariado como la clase que debía dirigir la revolución socialista, Marx y Engels le otorgaron una mayor importancia al campesinado en la lucha por la construcción del socialismo.³

³ Al respecto suele citarse la correspondencia fechada en 1881 entre Marx y Vera Zasúlich, fundadora del grupo “Emancipación del trabajo” junto con Plejánov, sobre el papel de la comuna rural rusa y el campesinado. En dichas cartas, publicadas hacia 1924, Marx plantea que sus análisis económicos desarrollados en *El capital* se concentran en el caso inglés, que resulta necesario revisar la situación de Rusia y que existiría la posibilidad de que la vitalidad del campesinado ruso hiciera que, en caso de producirse una revolución allí de manera conjunta con una revolución en el centro de Europa, podría considerarse la posibilidad de un paso directo entre las formas de propiedad campesina tradicionales hacia una forma superior de propiedad colectiva socialista.

Desde la reforma de 1861, promovida por el zar Alejandro II para abolir el régimen de servidumbre, la cuestión agraria y campesina era un problema que estaba a la orden del día en Rusia. La elaboración de una teoría de la cuestión agraria implicó un extenso análisis de las condiciones sociales en Rusia por parte de Lenin. En *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), plantea que si bien la reforma liberó al campesino de la dependencia personal respecto del terrateniente, generó todos los elementos necesarios para imponer el capitalismo en el campo: se creó un mercado de compra-venta de tierras e se introdujo la gran producción agrícola. Ya para principios del siglo XX, la “economía natural” había sido mayoritariamente suplantada por la economía mercantil-monetaria, dejando en ruinas a millones de campesinos.

Retomando la importancia de la alianza entre la clase obrera y el campesinado expuesta por Marx, Lenin identificó una estratificación social campesina a partir de la cual los bolcheviques armaron su estrategia revolucionaria. Mientras que el proletariado podía formar alianzas con todo el campesinado durante la etapa democrática de la revolución, en la revolución socialista sólo podría aliarse con los sectores proletarios y semi-proletarios del campo.⁴

La bandera roja de los obreros conscientes significa, primero, que apoyamos con todas nuestras fuerzas la lucha campesina por toda la libertad y por toda la tierra; segundo, que no nos detenemos ahí y vamos más lejos. Además de luchar por la libertad y la tierra, luchamos por el socialismo. (...) No todos los pequeños campesinos engrosan las filas de

⁴ La importancia que Lenin concedía al problema del campesinado se aprecia por el hecho de que haya considerado al estudio de Karl Kautsky denominado *La Cuestión Agraria*, publicado en 1899, como “el acontecimiento más importante en la historia de la literatura económica desde la publicación del tercer volumen de *El capital*” (Lenin, 1970: 93). En esta obra, Kautsky analiza el desarrollo del sector rural en Alemania, un país con un desarrollo capitalista muy superior a la Rusia para principios del siglo XX y llega a conclusiones parecidas a las de Lenin, desde el punto de vista del análisis económico.

los luchadores por el socialismo, sino únicamente aquellos que se colocan resuelta y conscientemente al lado de los obreros contra el capital, al lado de la propiedad social contra la propiedad privada. (Lenin, 1960a: 90)

Para el líder bolchevique, los factores que proporcionaban el tema central de la transformación capitalista eran: la dinámica intercampesina de intensificación de las relaciones de mercado, la división del trabajo y la diferenciación de clase. Esto entraba en polémica directa con un ala del populismo ruso —movimiento revolucionario de carácter idealista y campesinista que tuvo influencia en el país en las décadas de 1860 y 70— que creía que la homogeneidad y estabilidad de la sociedad campesina abortaría el desarrollo capitalista del país (Lenin, 1960b).

Según Lenin, la diferenciación se daba en la forma de una separación de los productores de sus medios de producción y de la concentración de estos en manos de un sector social. Sin embargo, después de años de meticoloso seguimiento, entre 1917 y 1921, aceptaría la persistencia de rasgos campesinos específicos, observando que la transformación capitalista de la agricultura se daba en tres direcciones básicas: la diferenciación, la pauperización y la marginalización. Es decir que, bajo ciertas condiciones, los campesinos no desaparecen diferenciándose en empresarios capitalistas y asalariados, ni tampoco el proceso de pauperización (pobreza, subempleo) se da de una manera tan simple, sino que los campesinos siguen existiendo en la economía capitalista, pero decrecen en su importancia relativa frente a la economía nacional. Al carecer de independencia de la economía general, el campesinado no constituiría la base de un modo de producción (entendido como la forma en que las necesidades materiales de la sociedad son satisfechas en un estadio concreto de su desarrollo), sino que representaría una especificidad económica y social que se relaciona con la historia social más amplia del país.

La discusión acerca de quién sería el sujeto de la revolución se va a extender hasta los albores de la Revolución de Octubre (y luego se trasladó, con el correr del siglo XX, a todos los países del llamado “Tercer mundo” en el que el campesinado tenía un peso social importante). El partido bolchevique va a sostener que la clase obrera era la única que podía terminar con la explotación, sin desconocer por ello el rol que debían jugar los campesinos, enorme mayoría de la población, para que triunfe la revolución.

En el trabajo mencionado, Lenin refuta las tesis del populismo que veía en la “comunidad campesina” una forma de socialismo ya instituida, sobre la cual debían apoyarse los revolucionarios para desarrollar la revolución. Por el contrario, pone de manifiesto las múltiples contradicciones que atravesaba a la gran masa de campesinos de su país, propias del desarrollo del modo de producción capitalista que tendía a desplegarse de un modo mucho más lento y progresivo en regiones rurales que en las ciudades, pero no por eso menos firmes (Lenin, 1975).

Si tenemos en cuenta el análisis elaborado por Lenin junto con el accionar del partido bolchevique hasta la Revolución de Octubre podemos ver una praxis dialéctica en el accionar del marxismo ruso. La constatación sobre la tendencia a la desintegración de la vieja “comunidad campesina” y a la extensión de las relaciones capitalistas en el agro no impidió que las principales reivindicaciones levantadas por los bolcheviques hayan sido paz, pan y tierra, tres elementos centrales que afectaban al campesinado ruso por la falta de tierras en donde desarrollar su existencia, la carencia de medios de vida y los enormes sacrificios que en todas las guerras de la historia recaen sobre la población rural. El interés por caracterizar la situación económica y social de un modo científico —que llevó a las conclusiones que luego serían denominadas como “tesis descampesinista”— no fue un obstáculo para que el partido bolchevique, en la práctica política

concreta, impulse las demandas de una población compuesta mayoritariamente por campesinos. Lo que podría parecer una contradicción es por el contrario el desarrollo de una praxis política que adapta la teoría marxista a las condiciones concretas del desarrollo económico de Rusia.

Al contrario de la versión estática del marxismo que posteriormente desarrollará el estalinismo, la línea política seguida por el partido bolchevique hasta la muerte de Lenin (y luego desarrollada con el concepto de revolución permanente de Trotsky) implicaba una revalorización del papel activo de las masas y, en su seno, del partido revolucionario de la clase obrera para dirigir las políticamente. Frente a los planteos estalinistas del “socialismo en un sólo país” y la “revolución por etapas”, de un lado, y frente a la idealización que hiciera el populismo ruso de la comunidad campesina y de la presencia en ella de elementos socialistas, del otro; los bolcheviques, primero con Lenin y luego en la Oposición de Izquierda, entendieron que, en las condiciones de atraso económico y penetración fragmentaria del capitalismo en Rusia, el curso de la revolución seguiría un desarrollo desigual y combinado en el cual las masas populares, campesinas y obreras deberían hacer frente de modo simultáneo a los problemas derivados de la revolución democrático-burguesa y de la revolución socialista.

Opuesto por el vértice a estos análisis históricos y particularizados sobre la situación de las transformaciones sociales en Rusia, Tolstoi sostenía una visión idealista, característica del socialismo utópico y de las primeras formas del populismo que surgieron en Rusia, precisamente, entre los miembros de la nobleza que en el siglo XIX se enfrentaban a las múltiples contradicciones históricas. Entre esos nobles, hubo quienes se aferraron de manera reaccionaria al viejo régimen, pero hubo también quienes, como el conde Tolstoi, buscaban rescatar o salvaguardar los aspectos que consideraban progresivos, como los lazos sociales “igualitarios” prevaletentes en la comunidad campesina, a partir de la

eliminación de las injusticias que no permitían su pleno desarrollo, como las relaciones de servidumbre.

El marxismo, en cambio, que venía dando una lucha implacable contra los preceptos idealistas y subjetivistas del populismo desde las primeras polémicas de Plejánov contra Mijailovski sobre el papel del sujeto en la historia, reconoció, rápidamente, tanto la penetración de las relaciones propias del capital en el vasto territorio ruso, como las enormes contradicciones que ese desarrollo estaba generando (Plejánov, 1964). Dentro de esas contradicciones, los bolcheviques supieron observar que el campesinado en tanto clase social, tal y como había sido concebida hasta entonces en el marco del antiguo régimen, estaba en proceso de desaparición y que no radicaba en la comunidad campesina un precedente “puro” de socialismo que debía generalizarse. Pese a esto, reconocieron que el campesinado existía, que constituía la inmensa mayoría de la población rusa y que, en el marco del desarrollo económico y social del país, los campesinos se encontraban del lado de los oprimidos.

La insurrección de febrero de 1917 fue básicamente una acción de la clase trabajadora y los soldados. Tras la derrota de la revolución de 1905, los campesinos habían tenido que soportar una represión generalizada, mientras que una parte importante de los jóvenes estaban en el ejército. Debido a esto, observaron con atención el desarrollo de los acontecimientos de febrero y, a finales de marzo, la agitación empezó a recorrer el campo. Impulsados por el hambre y las duras condiciones impuestas por la guerra, el campesinado no se detuvo en la apropiación de fincas y medidas contra los nobles y terratenientes, hasta el triunfo de la Revolución en Octubre. En el marco del Primer Congreso Campesino de toda Rusia, Lenin se refirió a los problemas del campo ruso y, en especial, a las expropiaciones que se estaban llevando adelante:

Votamos —dijo— por la entrega inmediata de la tierra a los campesinos, con un grado máximo de organización. Somos adversarios irreconciliables de las expropiaciones anárquicas. ¿Por qué no estamos conformes con esperar hasta la Asamblea constituyente? Para nosotros, lo importante es la iniciativa revolucionaria, de que la ley debe ser el resultado. Si esperáis a que se escriba la ley y os cruzáis de brazos, sin desplegar la menor energía revolucionaria, no tendréis ni ley ni tierra. (Trotsky, 1985: 365)

La alianza entre obreros y campesinos que se fue forjando al calor de la lucha revolucionaria de 1917 logró consolidarse en uno de los primeros decretos que resolvió el partido bolchevique cuando los soviets tomaron el poder, el cual expropió la tierra a los terratenientes e impulsó el control de la política agraria por parte de los soviets de campesinos, poniendo fin a los vestigios de feudalismo y abriendo paso a la construcción de una nueva sociedad.⁵

La Revolución de Octubre vino a poner en práctica la superación de las contradicciones que atravesaba Rusia por su combinación de atraso y desarrollo capitalista, saldando las pretensiones de Tolstoi en su búsqueda por acabar con la opresión y mejorar la situación social de los campesinos rusos.

⁵ En el II Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia, celebrado el 7 y 8 de noviembre de 1917, se proclamó:

Decreto sobre la tierra: 1º Queda abolida en el acto sin ninguna indemnización la propiedad terrateniente; 2º Las fincas de los terratenientes, así como todas las tierras de la Corona, de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, edificios y todas las dependencias, pasan a disposición de los comités agrarios comarcales y de los soviets de diputados campesinos de distrito hasta que se reúna la Asamblea Constituyente; 3º Cualquier deterioro de los bienes confiscados, que desde este momento pertenecen a todo el pueblo, será considerado un grave delito, punible por el tribunal revolucionario. Los soviets de diputados campesinos de distrito adoptaran todas las medidas necesarias para asegurar el orden más riguroso en la confiscación de las fincas de los terratenientes, para determinar exactamente los terrenos confiscables y su extensión, para inventariar con detalle todos los bienes confiscados y para proteger con el mayor rigor revolucionario todas las explotaciones agrícolas, edificios, aperos, ganado, reservas de víveres, etc., que pasan al pueblo. (Lenin, 1960a: 102)

Conclusión

Durante la segunda mitad del siglo XIX el capitalismo penetró en Rusia reemplazando las anteriores relaciones feudales. Cuatro quintas partes de la población eran masas campesinas sometidas al hambre y la pobreza, que poco a poco se insertaron en las nuevas fábricas bajo condiciones de explotación extremas. La vida y la obra de Tolstoi tuvieron lugar en esta fase histórica transicional que sacudió los pilares económicos, sociales, morales y filosóficos del antiguo régimen.

“Cada escritor es merecedor de la época que le toca. (...) La vergüenza de la esclavitud y el zarismo en la Rusia imperial produjo a Tolstoi” (Casas, 2013: 187). Aturdido de sus propios lujos, Tolstoi exhortó a las clases poderosas de Rusia a abandonar sus privilegios y crear lazos fraternos con los campesinos. Pero ante una realidad que no hacía más que darle la espalda, volcó sus esfuerzos a predicar la fe cristiana entre los campesinos, donde buscaba encontrar una salvación a la crueldad del mundo, verdadera esperanza y posibilidad de transformación, por su vida colectiva, el arraigo a la tierra y la naturaleza. Sus principios religiosos de “no resistencia al mal” lo harían alejarse de los movimientos revolucionarios en los prolegómenos del Octubre Rojo. Sin embargo, lejos de mostrar una “apatía política”, como lo concibiera el líder del partido bolchevique, llevó adelante una lucha incansable en busca de un ideal que lo condujo a renunciar a su propia clase y criticar a viva voz las atrocidades del zarismo. Sus ideas, gestos y actos orientados a terminar con la situación de opresión que vivía el pueblo, lo convirtieron no sólo en una referencia para millones de personas sino también en una amenaza para el régimen.

La cuestión campesina fue un tema central que atravesó la obra literaria y la propia vida de León Tolstoi, quien buscó entre los campesinos y sus tradiciones comunitarias, una forma de enfrentar en simultáneo a los males propios de los

remanentes del sistema feudal y los avances de la modernidad capitalista que consideraba corrupta y antinatural. Fue un problema que debió afrontar también el marxismo ruso a lo largo de su historia y los bolcheviques, en particular, al calor de los acontecimientos ocurridos durante la revolución de 1917, problema que fue planteado en términos del papel que ocupa el campesinado como sujeto revolucionario. A diferencia de Tolstoi y de los populistas rusos, que caracterizaron al campesinado de un modo abstracto y ahistórico, diferentes referentes del marxismo se esforzaron por comprender la situación del campo ruso en el contexto histórico y económico concreto que atravesaba, uniendo el análisis teórico con las necesidades de la lucha política que exigía respuestas para las masas campesinas. El partido bolchevique, principalmente por influencia de Lenin, incorporó en su programa y en su accionar revolucionario las reivindicaciones propias del campesinado, sumándolo como sector activo, con participación en los soviets y en el gobierno obrero.

Los bolcheviques que identificaron en todo momento en Tolstoi, además del gran genio literario, una dedicación genuina y sincera a la causa de la emancipación humana, caracterizaron su vida y su obra como una contradicción en sí misma, propia de la época. El desmoronamiento de todo un orden social, con sus clases sociales preestablecidas, sus ideales y costumbres que caían hechas añicos con la llegada del capitalismo a Rusia dieron lugar a numerosas expresiones y deliberaciones sobre la estrategia revolucionaria y sobre el sujeto de la revolución, las cuales estuvieron presentes hasta los albores de la Revolución de Octubre. Las delimitaciones categóricas de los bolcheviques con respecto a la doctrina moral-religiosa de Tolstoi que influenciaba a numerosos sectores tuvieron lugar en el seno de esos debates que se fueron saldando, en parte, por la experiencia histórica y, fundamentalmente, por la lucha política

constante del partido bolchevique para delimitar posiciones y estrategias en los que se jugaban el destino de la revolución, en los años previos a 1917.

Con la restauración del capitalismo después de la caída del muro de Berlín y el curso histórico que ha tomado el capital, con una concentración de poder y riquezas sin precedente alguno, donde el 1% de la población mundial posee más capitales que el 99% restantes; los debates sobre la opresión social y la emancipación vuelven al centro de la escena. Es por esto que las obras de Tolstoi siguen inspirando en nuevas generaciones el sentido de la libertad, la igualdad y el amor humano.

Bibliografía consultada

Blanch, A. (2013). *León Tolstoi: un profeta político y evangélico*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, Roger de Lluria.

Casas, F. (2015). *La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún*. Buenos Aires: Emece.

Engels, F. (abril de 1875). “Acerca de la cuestión social en Rusia”. *Der Volksstaat*, (43, 44 y 45). Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1890s/1894rusia.htm>.

Kautsky, K. (2002). *La cuestión agraria*. México: Siglo XXI Editores.

Lenin, V. I. (1960a). *La alianza de la clase obrera y del campesinado*. Buenos Aires: Anteo.

_____. (1960b). “La Cuestión Agraria y los críticos de Marx”. En *Obras Completas. Tomo XIII*. Buenos Aires: Editorial Cartago.

_____. (1970). “Comentario: Karl Kautsky, La cuestión agraria”. En *Obras Completas. Tomo IV*. Madrid: Akal Editor.

- _____ . (1974). *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Moscú: Editorial Cartago.
- _____ . (1975). *Sobre Arte y Literatura*. Madrid: Ediciones Jucar.
- Meyer, J. (1997). *Rusia y sus imperios, 1894-1991*. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Plejánov, G. (1964). “La concepción monista de la historia”. En *Obras Escogidas. Tomo I*. Buenos Aires: Quetzal.
- Rolland, R. (2010). *Vida de Tolstoi*. Barcelona: Acantilado.
- Tolstoi, L. (s/f). Correspondencia con A E. P Kovalevski. Yásnaya Poliana, 12 de marzo de 1860, *Cartas*. Recuperado de: www.scribd.com/Insurgencia
- Trotsky, L. (2015). *Literatura y revolución*. Buenos Aires: RyR.
- _____ . (1985). *Historia de la Revolución rusa. Tomo I*. Madrid: Sarpe.